

SERMON

SOBRE

LAS OCASIONES PROPINCUAS.

PARA EL CUARTO MIÉRCOLES DE CUARESMA.

(DE TRENTO.)

Cæcus... si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt.
Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en el hoyo.

S. Mateo, c. 15. v. 14.

No se falta á la verdad, señores míos, cuando en órden principalmente á nuestros dias se dice, que la mayor parte de los hombres viven enteramente á ciegas; y en efecto preguntád á las personas de mundo, que por qué viven así, y no oiréis sin duda á la mayor parte otra respuesta, sino que por seguir la costumbre. Y ¿no es esto justamenté, replico yo, lo que nos dice hoy el santo Evangelio, quiero decir, caminar á tiento y con los ojos cerrados, siguiendo á otros igualmente privados de luz, para caer todos á un tiempo y de improviso en el horrible y profundo hoyo, que han hecho delante de sí mismos sin advertirlo? Si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Esto puede decirse en particular con mucha mas razon de aquellos cristianos (¡oh y qué frecuentemente lo vemos en el cristianismo!) que presuntuosos y atrevidos, sin temor de pecar, se exponen á todos los riesgos de hacerlo, dejando temerariamente metidos los piés en las innumerables é insidiosas redes que hay tendidas por todo el mundo, y vanagloriándose con una necia seguridad de que no quedarán prendidos en ellas. Ó miserables! ¿qué maravilla es pues que, inesperadamente y casi sin echarlo de ver, queden hechos presa del cazador enemigo, que ocultamente va preparando y tendiendo sus redes? Me-

tieron en la red sus piés, dice Job, y quedaron presos en ella (1). Por tanto, para que ninguno de vosotros, amados católicos, caiga incautamente en tales redes por su desgracia, y para que todos se precavan y abran los ojos, he resuelto mostraros hoy el grande peligro de meterse en los peligros; esto es, el gran peligro á que se expone quien se mete en los peligros de ofender á Dios. Esto que parece un juego de palabras, contiene una sólida é importantísima verdad, que acaso no habéis comprendido bien á primera vista; y mi obligacion es el explicárosla con toda claridad, si me favorecéis con vuestra atencion, y empiezo desde luego.

Peligro de pecado grave y ocasion de pecado grave son dos vocablos, que aunque algunos los distinguan como diversos en su significacion mas formal y limitada, se pudiera verdaderamente decir que son una misma ó casi una misma cosa. Sin embargo he querido usar mas bien el primero que el segundo, para que mas fácilmente vengáis en conocimiento, en primer lugar, de aquello sobre lo que no pienso hablar propiamente hoy, y despues de aquello sobre lo que quiero hablaros. Protesto pues ante todo, que mi ánimo no es el de tratar de lo que se llama *ocasion próxima*, y se llamaria mejor *peligro próximo de culpa mortal*; pues por mas que parezca esto un asunto capaz de excitar é inflamar el zelo de todos los ministros del Evangelio, ¿con qué mira he de tratar yo de él? ¿con la de instruiros por ventura de lo que es ocasion próxima de pecado? Pero quién de vosotros puede ignorarlo? ¿Quién no sabria decir, que por ocasion próxima de pecar se entiende aquella, en que constituída alguna persona, se tiene por moralmente cierto que incurrirá en pecado ó externo de obras y palabras, ó interno de complacencias y deseos, examinadas bien todas las circunstancias y segun un juicio prudente? segun un juicio, que á veces se funda en la experiencia de las pasadas y frecuentes caídas, y ademas en la cualidad y naturaleza de la cosa, siendo rarísimo el caso, en que no caigan por alguno de los modos insinuados otros dotados de igual fortaleza y virtud, y constituídos en semejante peligro.

(1) *Immisit in rete pedes suos... Tenebitur planta illius laqueo.* Job, c. 18. v. 8 et 9.

Acaso sería mas necesario é importante que levantando de repente la voz, me pusiese á intimar á cualquiera que se hallase en el caso, la obligacion indispensable que tiene de alejar la ocasion de sí, ó de alejarse él mismo de la ocasion; como tambien á proponerle los motivos, por que lo debe hacer, y á rebatir las excusas y descubrir los pretextos con que procura eximirse de hacerlo. Mas por mucho que yo dijese sobre este punto, ¿podiera hablar, ó con mas vehemencia, ó con mas claridad que habló Jesucristo mismo en su Evangelio? ¿Queréis saber cuál es la obligacion en que os halláis? Héla aquí. Debéis evitar tal ocasion, debéis removerla, abandonarla y huir de ella, por manera que no podéis ya sin pecar estar con aquella persona, ni entrar en aquella casa, ni poner el pié en aquella taberna, ni retener aquel libro, ni conservar aquel retrato, ni continuar aquel juego, ni trataros familiarmente con aquel compañero. ¿Se necesita mas para convenceros de la fuerza demasiado funesta y del fatal predominio que tiene sobre vuestro espíritu la ocasion? ¿del ningun auxilio que podéis esperar de la divina gracia, la cual así como no os ha faltado para huir, así tambien en vano querréis tenerla para resistir á la ocasion? ¿de vuestra misma fragilidad, que en otras ocasiones y tantas otras veces y despues de tantas promesas, experimentasteis tan traidora y falaz? Y fuera de esto, ¿cómo puede ser que volváis á la ocasion próxima y no pequéis, cuando sabéis que prescindiendo de todo otro pecado, lo es el hecho por sí solo de volver á ella? En una palabra, exclama Jesucristo, *saca, arroja, corta* (1). Aquí no hay pretexto que valga, ni de incomodidades que os sobrevengan, ni de perjuicios que se os sigan, ni de ganancias que dejéis de tener, ni aún de una buena intencion que os estimule; pues léjos de ser bastante para eximiros, conviene dejarla enteramente y de corazon. *Saca*, aún cuando la estimes tanto como un ojo de la cara; *corta*, aún cuando te sea tan útil como un pié ó una mano; *arroja*, y cuando la hayas arrancado ó sacado, como se arrancaria ó sacaria un ojo, ó cortado, como se cortaria un pié ó una mano, ni aún así cortada ó arrancada la retengas con ningun pretexto, sino repúdiála y despréciála. Pero ¿á qué he de extenderme mas sobre este particular, cuando solo serviría esto en mi dictámen para disminuir la energía

(1) *Erue... projice... abscide...* Matth. c. 5. v. 29.

de tan rígido, tan positivo y tan inviolable precepto? Digámoslo de una vez: cuanto yo quisiera hablar sobre esto, ¿sabéis á quiénes quisiera decirlo mas bien? Á vosotros, sagrados y venerables ministros del Señor, á vosotros que sois los depositarios de la sangre de Jesucristo y fieles dispensadores de los divinos misterios. Dios me libre de procurar que seáis duros y rigurosos con los miserables pecadores, que oprimidos con el peso de sus culpas, recurren á vosotros para ser aliviados. Sé muy bien que el primer cuidado del que es elegido para juez en este tribunal de misericordia, es justamente el de revestirse de ella y el de imitar así á aquel buen Señor á quien representa; pero no obstante, si nosotros debemos hacer uso de aquella autoridad sobrenatural de gravar las conciencias confiadas por Dios á nuestras sacerdotales manos, ¿no es por ventura en aquellos casos, en que el pecador no quiere evitar la fatal ocasion de sus pecados? Sabéd, venerables y sagrados ministros, que es tan grave y estrechísima la obligacion de diferir, de suspender, de negar á tales penitentes la gracia de la absolucion y reconciliacion, que si por cualquiera motivo, ya sea de un vano temor de ser notados de rígidos, ya sea de otro temor aún mas vano de ser abandonados, queremos disimular algun tanto sobre este punto (tengámoslo bien presente, hermanos míos), seremos prevaricadores, seremos infieles á nuestro altísimo ministerio, y no á compasion se atribuirá nuestro disimulo, sino á una vil condescendencia. Á una condescendencia, digo solamente? no es mas bien una crueldad?

Mas ya he dicho que no pensaba hablar propiamente de tales ocasiones. Pues de cuáles? De ciertas otras que no son enteramente próximas, ni tampoco del todo remotas: no enteramente próximas, porque ni es tan evidente el peligro ni tan frecuente el caso de caer; y no del todo remotas, porque ni este es tan raro ni aquel tan leve. Por ventura las llamarían algunos teólogos *ocasiones propincuas*, y deben entenderse aquellas, segun las explica cierto doctísimo autor, en que no podemos conservarnos inocentes, sino con grande dificultad y cautela (1). Así pues bien veis que se distinguen bastante de las próximas y remotas. Se distinguen de las próximas, porque en estas no podemos absolutamente de ningun modo, ni con mucha,

(1) *Quibus sine magna cautela et difficultate uti non possumus.*

ni con poca dificultad, estar libres de culpa, siendo ellas pecado por sí mismas. Se distinguen de las remotas, porque en estas no solo podemos estar libres de culpa, sino que aún lo podemos sin mucha dificultad. Yo diría que son, por valerme de una bellísima frase de la Escritura, justamente como las deliciosas viñas plantadas al rededor de Sodoma y como los arrabales que circundaban á Gomorra (1). Viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria yo ciertas tertulias de juegos y bailes, á las cuales, si no os conduce una intencion manifestamente perversa, os lleva la simpatía é inclinacion: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria á ciertas representaciones escénicas ó á ciertas novelas, en las cuales, si no hay amores claramente obscenos, se pintan demasiado al vivo las pasiones: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria á ciertas juntas ó á ciertos conventículos, en los cuales, si no se vitupera abiertamente, se moteja por lo ménos la honestidad: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria yo finalmente á ciertas amistades, las cuales, si no son pecaminosas, no son de seguro virtuosas. Quien se halla en estas y otras semejantes ocasiones, no diré yo que tiene su residencia en Sodoma ó en Gomorra; pero sí diré que gusta de tener su morada allí cerca, de pasearse por entre sus viñas y de vivir en sus arrabales. Y si en todo esto que supongo, no cometéis culpa grave, ¿os atreveréis á suponer que no es tampoco grande el riesgo? ¿No reconoceréis peligro y grande en pararos en el distrito de tan impía ciudad, donde se respira casi el mismo aire? ¿donde se tiene una conducta bastante equívoca ó sospechosa? ¿donde se habla tambien un idioma muy semejante? Y ¿si un mensaje ó una visita que de allí venga, os lisonjea y os atrae? Y ¿si, cuando otra cosa no sea, por las puertas que están abiertas siempre, se sale á hacer una incursion y se os sorprende? ¿Qué refugio, miserables, qué seguridad tendréis en un país enteramente enemigo? ¿Me explico bastante con esta alegórica locucion de la Escritura?

Confieso, señores míos, que tengo muy poca práctica de vuestro mundo, el cual aún no he tenido tiempo suficiente para reconocer, cuanto mas para tratar; y así no hablo sobre este punto por mucho conocimiento ó mucha experiencia que me li-

(1) *De vinea sodomorum, vineam eorum, et de suburbanis Gomorrhæ.* Deut. c. 32. v. 32.

sonjee de tener; mas si se pone la consideracion en la autoridad de hombres muy graves que me han hablado de semejante particular, en la autoridad de las sagradas Escrituras que he examinado, y en la autoridad de los santos Padres que he consultado, sé que no puedo discurrir de otro modo. Oíd qué advertencias y preceptos me dejaron para mi gobierno y conducta, guiados de san Juan Clímaco, hombres por todos respectos muy estimables al instruirme desde jovencito en el cumplimiento de mis deberes. Á ti, hijo, me decian, no te ha llamado Dios para la soledad ni el desierto, y en desempeño de tu vocacion deberás tratar con aquel mundo mismo que has abandonado, por haber conocido que era perverso; y aunque no debes tratarlo nunca sino con el único y santísimo fin de purgarlo de vicios y de estimularlo á la virtud, necesitas sin embargo vivir con gran cautela, porque son muchos los peligros y frecuentes los riesgos, y Dios quiera que no haya que llorar las caídas. Ten siempre presente el consejo con que el profeta Baruc creyó confortar á su pueblo, cuando estaba prisionero en Babilonia. « Vosotros veréis, » le dijo el profeta, « llevar en triunfo por las calles de Babilonia estatuas de oro y de plata de sus falsos y vanos ídolos, rodeadas de un numerosísimo pueblo que se postra delante de tales deidades (1); mas no os deslumbréis por toda esta pompa, y acordándoos entónces que sois israelitas, y elevando vuestro corazon á Dios decidle: vos solo, Señor, vos solo merecéis el tributo de nuestras adoraciones (2). Este consejo, hijo, añadian, tenlo siempre impreso en tu corazon. Tú verás tambien en medio del mundo dioses de oro y de plata; esto es, personajes de la mas alta clase adornados con estos metales; se te ofrecerán á la vista objetos atractivos y agradables, verás dioses y verás diosas; pero acuérdate entónces de que no lo son y que eres hombre. Una ejemplar y constante modestia refrene zelosamente tus ojos, y para que no te deslumbres con semejantes objetos, ármate de prolijas y devotas meditaciones, de frecuentes y severos ayunos, de una continua y rígida austeridad, y sobre todo recurre á Dios encomendándote á él y diciéndole: vos solo, Señor, vos solo merecéis el tributo de nuestras adoraciones. Con tales precauciones creyeron siempre los maestros de espíritu que debian prevenir y confortar á to-

(1) *Videbitis... Deos aureos et argenteos.* Bar. c. 6. v. 3.

(2) *Dicite in cordibus vestris: Te oportet adorari Domine.* Ibid. v. 5.

dos los que por razon de su ministerio hubiesen de tratar con el mundo para convertirlo; y lo pensaron así, no tanto porque el mundo fuese edificado con el olor de su santidad, cuanto porque no les pervirtiese á ellos mismos la malicia del mundo. En este supuesto ¿cuánto mas necesarias deben creerse tales precauciones para quien trata el mundo únicamente por gozar del mundo, y se engolfa en medio de todas las diversiones del mundo, disfruta los placeres mas delicados del mundo, adopta todos los usos y costumbres del mundo, y concurre á los convites, á los bailes, á los festines, á los espectáculos, á los corrillos y en suma á todos los peligros del gran mundo? Pues todo esto suele hacerse, no diré sin haberse aguerrido ni prevenido bien, sino aún sin advertir el mas mínimo peligro, exponiéndose á pecho descubierto, no solamente á alguno y alguna vez, sino á cada hora y á todos los riesgos. ¿Á quién pues, ó de quién hablaría el Señor, aquel Señor, digo, que sabe de qué masa formó este fragilísimo barro, cuando dijo, que quien se expone al peligro, perece en él? (1)

Abramos ahora la Escritura. ¿No es cierto que al tratar con demasiada familiaridad á toda clase de personas, y al mantener con ellas una reciproca correspondencia se reducen todas las innumerables y gravísimas culpas que cometió aquella nacion, que se tenia en otro tiempo por la nacion santa y por el pueblo amado de Dios? (2) De aquí es que descendiendo el Espíritu santo á darnos lecciones sobre un punto tan esencial en la sociedad humana, ¡válgame Dios y qué sutiles precauciones quiere que tengamos en el trato! « Si hay en algun lugar, » dice, « muchas mujeres juntas, guárdate bien de detenerte con ellas » (3); y « si vieres, » dice en otra parte, « una sola que no sea la tuya, no te sientes en ningun modo á su lado » (4). Ademas añade en otro lugar, « si impensadamente encuentras alguna, pon al punto la vista en otra parte y no la mires » (5), y « aún retírate de ella y no te acerques de ninguna manera á los umbrales de su casa » (6). ¿Qué decís, cristianos, de tantas

(1) *Qui amat periculum in illo peribit.* Eccles. c. 3. v. 27.

(2) *Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum.* Psalm. 105. v. 35.

(3) *In medio mulierum noli commorari.* Eccles. c. 42. v. 12.

(4) *Cum aliena muliere ne sedcas omnino.* Ibid. c. 9. v. 12.

(5) *Ne circumspicias.* Ibid. v. 8.

(6) *Longe fac ab ea viam tuam, et ne appropinques foribus domus ejus.* Prov. c. 5. v. 8.

y tan circunstanciadas sutilezas y sujeciones? ¿Diréis por ventura que esta es una moral demasiado rígida y austera? Pero esta es terminantemente la moral que nos ha revelado Dios mismo en sus infalibles Escrituras. ¿Diréis que es necesario entenderla con discrecion? Pero por mas que se quiera entender con discrecion, ¿querrá decir otra cosa sino que se necesita de gran cautela para tratar personas de diferente sexo, y que por consiguiente el frecuentar tanto aquella casa, el hablar á solas con aquella jóven y estarse aún de noche mano á mano las horas enteras oyendo su voz, mirando atentamente cada una de las facciones del rostro y contemplando sus atractivos, si se ha hecho sin culpa, no se puede hacer, ni se habrá hecho sin gran daño y peligro?

Y de acuerdo con la Escritura ¿qué no dicen los Padres de la Iglesia, órganos vivos y verdaderos del Espíritu santo? ¿Cuánto no declaman, cuando se les ofrece tratar de este argumento? ¿cuánto no se enardecen, cuánto no se inflaman? Si hablan de las funciones y bailes, los llaman obras é invenciones del diablo: si de ciertos teatros, comparan al que va á ellos, con el que entra en el templo de un ídolo para abjurar de la fe: si de las pompas, del lujo, de los trajes alegres, del vestir con afectacion, dicen que son profanaciones, que son escándalos del cristianismo. De este modo se explican los mas santos y mas célebres Doctores de la Iglesia.

Sin embargo ¿sabéis que es lo que mas me aturde y me llena de espanto? El leer en las historias eclesiásticas las enormes y precipitadas caídas de personas, que por su santidad estaban reputadas en la Iglesia por columnas de la Iglesia misma. Ya he protestado desde el principio que no pienso hablar hoy de las ocasiones próximas de pecado; pero ¿era ocasion próxima aquella que se le presentó casualmente á un discípulo del gran Pacomio habiendo salido del monasterio, y por la cual renegó de Cristo? ¿Era ocasion próxima aquella que precipitó á un tal Jacobo, célebre anacoreta de las selvas de la Palestina y estuendo obrador de prodigios? Habiendo ido á verle una mujer, para que la libertase de un demonio de que estaba poseída, encontró otro y aún peor demonio en su mismo libertador, el cual (quien lo creeria?) abrasado improvisamente de un impuro fuego se dejó arrastrar, tan anciano y santo como era, á quitarle primero su honor, y despues la vida. ¿Qué diré de

aquel mártir de Jesucristo, del cual hace memoria con grande horror san Macario? Estando en una prision cargado de cadenas y aún lleno de heridas, que la bárbara crueldad del tirano habia hecho en su cuerpo, y que eran un honroso y glorioso trofeo de la verdadera fe, una mujer piadosa movida de compasion se encargó de curarle sus heridas; pero sin advertirlo ella, sanándole las del cuerpo, le hizo una profunda y mortal en el corazon, la cual aún todavía encarcelado y ya medio mártir, como escribe atónito el santo, le hizo cometer un horrendo estupro (1).

Ó Dios mio! ahora es, cuando vuelto á ti exclamo de todo corazon: sálvame, Señor, pues no se encuentra verdad en los hijos de los hombres, y apenas aparece un santo sobre la tierra (2). Ahora es, cuando no puedo ménos de gritar y decir: ah! fíese pues quien temiendo poco los peligros, confía demasiado en sí mismo (3). Yo por mí, cristianos, todo horrorizado no sé mas que decir con el profeta Zacarías: aúlla, ó abeto, porque ha caído el cedro (4). ¿No se rindieron y cayeron violentamente por el impulso de tales vientos los mas fuertes cedros del Líbano? Pues ¿qué será de ti, miserable y frágil abeto, si te ves acometido de semejantes y aún mas fatales impulsos? Quiero decir, que hombres encanecidos en las soledades, sumergidos en las meditaciones, extenuados con los ayunos, macilentos con las austeridades, con las carnes despedazadas por los azotes y aún por tormentos padecidos en defensa de la Religion y de la Fe, se mostraron tan débiles y flacos en ocasiones, no buscadas de intento ni á las cuales tuviesen ántes inclinacion, sino presentadas por accidente y casualidad; y vosotros, que os habéis criado por ventura con los mayores regalos, que habéis crecido en medio de la abundancia y de las comodidades, que os habéis acostumbrado á una vida mole y delicada, con una sangre en las venas que hierve, con unos sentidos rebeldes que repugnan obedecer, en ocasiones, si no pecaminosas como ahora supongo, ciertamente muy atractivas y lisonjeras, y deseadas y buscadas de propósito; y vosotros, digo, sin embargo de todo esto ¿osaréis dar á entender que os

(1) *Adhuc in carcere lapsus est in stuprum.*

(2) *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus.* Psalm. 11. v. 2.

(3) *Superbia ejus... plusquam fortitudo ejus.* Isai. c. 16. v. 6.

(4) *Ulula, abies, quia cecidit cedrus.* Zach. c. 11. v. 2.

mantendréis firmes y constantes? Ah! quién tan inicualemente os hace confiar? quién os deslumbra tanto? quién os engaña? ¿de dónde, cómo y de qué se deriva en vosotros esa verdaderamente diabólica y fatal seguridad? Si en el leño verde se hacen estas cosas, se pudiera ahora repetir, en el seco ¿que se hará? (1) Si plantas tan verdes por su sanidad, y llenas de tantos méritos y de tanta gracia, quedaron en breve abrasadas y consumidas por un cruel fuego, ¿qué será de vosotros, leños secos y áridos sin ningun jugo de verdadera devocion, y sin la flor ni el fruto de las bellas acciones? ¿Qué será, digo, de ti, hombre, que quieres como David, y aún desde mas cerca que él lo hizo, mirar á tu satisfaccion á las Betsabees? ¿Qué será de ti, doncella, que quieres andar vagando como Dina, y no como esta movida solo de la curiosidad, por todas las fiestas y calles, cual paloma seducida fuera del nido? ¿Qué será de ti, jóven, que solicitas como Amon y con mas frecuencia que él, te dé alivio en tus fiebres quien las ocasiona? ¡Ó miserables, que aguardo veros algun dia olvidados de vosotros mismos y de vuestra salvacion, dormir, como decia Isaías, en medio de vuestros lazos, siendo presa infeliz del demonio, cargados con el peso de la indignacion del Señor! (2) ¿Qué os queda que hacer, amadísimos oyentes, sino seguir el consejo que los ángeles destructores de la inicua Sodoma sugirieron á Lot, y que yo por último os sugiero á vosotros?

Acompañado de estos fieles ministros de las divinas venganzas salió el inocente de la infame ciudad, y al despedirse de él le dijeron amorosamente al oído: « Lot, nosotros te hemos guiado hasta este sitio, y ahora te toca á ti continuar tu viaje. No te creas seguro, por no hallarte ya en Sodoma: aléjate y no te pares en ninguna parte de estos contornos: no vuelvas tampoco la cara atras: anda aprisa, anda, corre y huye á la cima de aquel monte y sálvate en él » (3). Diciendo las mismas palabras me volveré yo igualmente al que ó no puso nunca el pié en el reino del pecado, ó si lo puso, lo tiene fuera á esta hora; al que no ha entrado jamas en esta maldita Sodoma, ó habiendo entrado por gran desgracia suya, salió de ella por ma-

(1) *Si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?* Luc. c. 23. v. 31.

(2) *Dormierunt in capite omnium viarum, sicut oryx illaqueatus: pleni indignatione Domini.* Isai. c. 51. v. 20.

(3) *Gen. c. 19. v. 17.*